

—Eso es, dijo Don Quijote, cuando no pueden más ó cuando están enamorados; y es tan verdad esto, que ha habido caballero que se ha estado sobre una peña al sol y á la sombra y á las inclemencias del cielo dos años sin que lo supiese su señora, y uno destes fué Amadís, cuando llamándose Beltenebros se alojó en la Peña Pobre, no sé si ocho años ú ocho meses, que no estoy muy bien en la cuenta; basta que él estuvo allí haciendo penitencia por no sé qué sinsabor que le hizo la señora Oriana; pero dejemos ya esto, Sancho, y acaba antes que suceda otra desgracia al jumento como á Rocinante.

—Aun ahí sería el diablo, dijo Sancho; y despidiendo treinta ayes y sesenta suspiros, y ciento veinte péssets y reniegos de quien allí le había traído, se levantó, quedándose agoviado en la mitad del camino como arco turquesco sin poder acabar de enderezarse; y con

todo este trabajo aparejó su asno, que también había andado algo distraído con la demasiada libertad de aquel día; levantó luego á Rocinante, el cual si tuviera lengua con que quejarse, á buen seguro que Sancho ni su amo no le fueran en zaga. En resolución, Sancho acomodó á Don Quijote sobre el asno, y puso de reata á Rocinante, y llevando el asno del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real; y la suerte, que sus cosas de bien en mejor iba guiando, aun no hubo andado una pequeña legua, cuando le deparó el camino, en el cual descubrió una venta, que á pesar suyo y gusto de Don Quijote había de ser castillo. Porfiaba Sancho que era venta, y su amo que no, sino castillo, y tanto duró la porfía, que tuvieron lugar sin acabarla de llegar á ella, en la cual Sancho se entró sin mas averiguación con toda su recua.



..... y llevando al del cabestro, se encaminó poco más ó menos hacia donde le pareció que podía estar el camino real.